

Alicia es bonita. Me gusta mirarla. Tan bonita como cuando nos cruzábamos en la escuela, a veces en el patio, otras en el corredor. La recuerdo un día junto a la explanada del río, durante los festejos del pueblo. Tenía puesto un vestido celeste. Era la única con un vestido de ese color. Dicen que los niños no nos fijamos en esas cosas. Que bromeamos como tontos, riendo o corriendo detrás de una pelota. Si eso es cierto, también lo es que aquel vestido celeste se quedó en mi memoria desde entonces.

“¿Te acuerdas, Alicia?”.

“¡Porfa, Iván! ¿Te parece este el momento de hablar de mi vestido celeste? Sigue leyendo y deja de hacerte el romántico...”.

Me digo que estoy aquí para leer. Otra tarde más. Otra página.

“...El sendero que le ha indicado el ermitaño es estrecho y tortuoso y se desanuda dando continuas vueltas. Lo acompañan, flotando a ambos lados del sendero, unos fantasmales bancos de niebla, que le producen la sensación de estar cabalgando unas veces hacia delante y otras hacia atrás.

Los días se suceden uno tras otro, con tediosa monotonía.